

Geopolítica de las tinieblas

Nacho Duque García

Alex Callinicos
Los nuevos mandarines del poder americano
Madrid, Alianza, 2004.

Yacen los cuerpos inertes bajo los escombros de su legendaria urbe, olvidados y anónimos, en la sombra de un conflicto que no adivinamos a entender del todo. Han pasado seis meses desde que, aquella fatídica mañana de marzo, Madrid se tiñera de sangre y polvo. Ya son tres los años transcurridos desde la caída de las Torres Gemelas, ese 11 de septiembre que demostró que no hay nada ni nadie invulnerable, ni siquiera el acorazado Pentágono. Y entre medio se acumulan otras pesadillas con nombre de Casablanca, Bali, Kabul, Guantánamo, Beslan y tantos otros lugares, algunos sin huellas ni recuerdos vivos que los puedan identificar. De Nueva York a Bagdad se traza un mapa global de estrategias oscuras, de silencios que encubren otros silencios, de preguntas sin respuestas y de tempranas respuestas que no responden a nada. Es el mapa que ha dibujado la política internacional en el capitalismo tardío, el mapa que ya estaba anunciado décadas atrás, un mapa que ahora empieza a descubrirse y a quitarse el velo que ocultaba intereses ocultos. «Levanté la cabeza. La desembocadura estaba bloqueada por un negro cúmulo de nubes, el apacible canalizo que conducía a los más remotos rincones de la tierra fluía sombrío bajo un cielo cubierto, parecía conducir hacia el corazón de una inmensa oscuridad»¹. El final de la conocida novela de Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*, se presenta hoy ante nosotros premonitorio y profético. La moderna voz de Conrad, traída de otro tiempo, extirpada de un mundo concluido, nos vuelve a anunciar que existe un mar de noches que rodea al continente de nuestras vidas que hace tiempo dejaron de ser plácidas.

Alex Callinicos lleva años adentrándose en este enmarañado espacio para incomodar a algunas conciencias, esas conciencias a las que les desagrada la formulación de nuevas preguntas. Y es que Callinicos se ha erigido como uno de los principales responsables del ataque científico contra los dogmas políticos que tan firmemente han enraizado en nuestras sociedades en los últimos tiempos: desde las nociones de igualdad que este último estadio del capitalismo parece querer imponer, hasta la llamada «Tercera vía», pasando por conflictos concretos y nombres propios que han dominado, o siguen dominando, el panorama político actual. Tal es así que Perry Anderson le señala, junto con David Harvey, en el ámbito económico, y Terry Eagleton, en la cuestión ideológica, como la principal aportación a la crítica intelectual en la postmodernidad, en su caso en el ámbito de la política². Esta vez Callinicos ha levantado la voz para señalar sin miedo a los innombrables, que en este caso son los «mandarines» del poder político hegemónico. A lo largo de las páginas de su última obra van entrando en escena, como en la más macabra representación teatral que podríamos imaginar en nuestros días, la saga Bush, la camarilla neoconservadora que domina la Administración norteamericana, es decir, Dick Cheney, Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Condoleezza Rice, Douglas Feith o Richard Perle por citar a los más conocidos, así como otros personajes no menos controvertidos como Sadam Husein, Ronald Reagan, Henry Kissinger, Osama bin Laden, Bill Clinton o Tony Blair. Hombres y mujeres que, a buen seguro, ni la historia ni el tiempo, ni mucho menos un Tribunal Internacional, podrán jamás colocar en su sitio, pero con los que Alex

Callinicos ajusta cuentas sin consideraciones protocolarias que pudieran ensombrecer el verdadero espíritu de esta obra: la crítica y la consiguiente búsqueda de una esperanza.

Guerra y capital

Alex Callinicos es un maestro a la hora de desenmascarar conceptos. En el ámbito político se ha encargado de arremeter contra la socialdemocracia europea que desde mediados de la década de los noventa del siglo pasado vivió al amparo de esa ideología que se presentó a sí misma como una alternativa a la bipolaridad establecida entre el «socialismo real» y el capitalismo liberal. La Tercera vía, ideada fundamentalmente por Giddens y apoyada por otros autores como D. Held, U. Beck o M. Castells, fue asumida por gobernantes tan dispares como Cardoso, Clinton, Jospin, Schröder, Blair o Kim Dae-Jung. En su libro *Contra la tercera vía* Callinicos desarrollaba un discurso demoledor que se centraba en la constatación de cómo esta supuesta alternativa ideológica y política asumía una serie de conceptos haciéndolos suyos y apropiándose los como partes fundamentales de sus programas gubernamentales. Desde ciertos modelos de «globalización», hasta la que se conoció como «nueva economía», encontramos un sinfín de expresiones que todos estos gobiernos desplegaron en multitud de discursos. A ese tiempo hay que remitirse para encontrar el momento en el que, por poner un ejemplo claro, se asienta definitivamente la expresión «ayuda humanitaria», con la que Blair y los suyos justificaron la intervención militar en la extinta Yugoslavia. En la misma línea señalaba Callinicos que «la expresión “comunidad internacional” no se refiere a algo que existe realmente: como mucho, expresa una aspiración y, en el peor de los casos, oculta las relaciones conflictivas y de desigualdad de las que dependen nuestros destinos»³. Sin apenas ruido se estaban poniendo los cimientos de lo que sería la tendencia neoconservadora de los últimos cuatro años, y así se confirmaba el peor de los presagios anunciado por Perry Anderson en su conocido artículo «Renewals» que inauguraba la segunda época de la *New Left Review*⁴.

La última obra de Callinicos, *Los nuevos mandarines del poder americano*⁵, también nos ofrece un nutrido grupo de términos que, desde el 11 de septiembre de 2001, han ido recorriendo la actualidad de todo el mundo. Al conocido «Eje del mal», que oscila en función de las convulsiones bélicas y que amenaza con incluir a algún país vecino de Irak, tenemos que añadirle el concepto de «terrorismo» que, llegados a este punto, se aplica indiscriminadamente respondiendo a los intereses geopolíticos. Así podríamos seguir, como hace Callinicos, hasta darnos cuenta de cómo se ha engendrado un lenguaje impulsado por un grupo de dirigentes que buscan una serie de intereses económicos y estratégicos⁶. Y es que en estas dos palabras encontramos la clave que nos da esta obra para entender el panorama actual de la política internacional. «Economía» y «estrategia», todo responde a estos dos segmentos separados, que a veces se confunden, y que están entrando en juego desde antes del 11-S como los grafos para rediseñar el nuevo mapa de relaciones internacionales. Tal y como lo ve Callinicos, «la estrategia del equipo Bush se basa en una lectura bastante acertada de las amenazas económicas y geopolíticas a las que se enfrenta el capitalismo norteamericano a largo plazo, y conlleva la decisión de usar el 11-S y la actual supremacía norteamericana para inclinar aún más a su favor la distribución global del poder económico y social», sin embargo, añadirá que «hasta el momento lo que ha conseguido esta política es que el mundo sea menos manejable para Washington»⁷. Este análisis parte, como el propio

autor reconoce, de los estudios de Giovanni Arrighi acerca de las fases del capitalismo y de las hegemonías que se han desarrollado de su mano a lo largo de la historia. Arrighi presentaba en *El largo siglo XX* una serie de hegemonías históricas que se van sucediendo de modo paralelo a los ciclos del capital, así, del Norte de Italia se pasa al predominio holandés hasta llegar al británico, que fue sustituido por el dominio definitivo de los Estados Unidos, sobre todo tras el período de Guerras Mundiales. Para Arrighi, «Bretton Woods» y el «Plan Marshall» establecieron, en el primer caso un nuevo marco económico y en el segundo caso un nuevo mapa estratégico⁸. La gran favorecida fue la potencia norteamericana que pudo consolidar su predominio gracias, entre otras cosas, al mantenimiento de la amenaza bélica que se encarnaba bajo el fantástico disfraz de la Guerra Fría y, con ella, el auge de la industria armamentística que llega hasta nuestros días. Callinicos se expresa de otro modo pero apunta en la misma dirección cuando dice: «Aunque Arrighi no utilice estos términos, esta valoración invita a considerar a los Estados Unidos como un parásito imperial capaz de atraer capital extranjero y mantener su hegemonía mediante una especie de chantaje de protección sustentado por su poderío militar»⁹.

Bajo esta perspectiva el 11-S no cambió los designios del gabinete Bush, más bien los habría acelerado y habría arrojado a la nación entera a una serie de «guerras preventivas» que no hacen sino que reproducir el esquema de las intervenciones norteamericanas del período de la Guerra Fría. El lema de las relaciones internacionales, sobre todo en la cuestión de las relaciones del gobierno norteamericano con sus aliados, de la Administración Clinton, véase la «multilateralidad», fue sustituido por la más sencilla «unilateralidad», por la que venían abogando los neoconservadores desde el final del mandato de Reagan. La primera razón la encontramos en la propia reflexión de Callinicos que hace referencia a ese castigo necesario que los Estados Unidos debían infligir a aquellos que osaron a atacarles: «Tras los espectaculares ataques sobre su capital financiera y su cuartel general militar, debía verse al Estado norteamericano contraatacar en solitario, no llamando al 112 para que acudiera en su auxilio la policía internacional. El “suelo patrio” había sido violado: era necesario mostrar la venganza del poder americano»¹⁰. Era un castigo ejemplar. Pero detrás de este hecho hay algo más, y de nuevo salen a relucir los intereses estratégicos y económicos del gobierno de Bush y el deseo de mantener a su país como el único con la aparente potestad de salvaguardar la seguridad del resto del mundo, el único país capaz de velar por la amenazada estabilidad global.

Estas reflexiones nos obligan a volver la mirada a otro estudioso del capitalismo, Ernest Mandel. Mandel, en su conocida obra *El capitalismo tardío*, presentaba este último estadio del sistema capitalista y apuntaba una serie de rasgos que también ha apreciado Arrighi posteriormente. No sólo aludía al desarrollo tecnológico, fundamentalmente en relación con la incipiente industria armamentística, sino que, además, insistía en otro rasgo fundamental, el «modelo ultraimperialista», una especie de precedente epistemológico de lo que hoy llamamos «globalización»¹¹. La crisis del modelo clásico-moderno de Estado-nación aparece repetidamente en estos textos que nos presentan la paulatina consolidación de Estados dominados por intereses comerciales que rigen los designios de sus alianzas, de sus tratados y acuerdos, y, en definitiva, de su estrategia geopolítica. No es de extrañar entonces que, años después, al vincular el capitalismo tardío con la postmodernidad, Fredric Jameson afirmase que «toda la cultura postmoderna, que podríamos llamar estadounidense, es la expresión

interna y superestructural de toda una nueva ola de dominación militar y económica norteamericana de dimensiones mundiales: en este sentido, como en toda la historia de las clases sociales, el trasfondo de la cultura lo constituyen la sangre, la tortura, la muerte y el horror»¹².

De nuevo las palabras nos conducen inevitablemente al «horror», ese «Horror» que susurraba Kurtz en su agonía, acompañado por la fascinada presencia de Marlow, a bordo de su pequeño barco de vapor que les conducía a otro espacio, al mar¹³. Ahí donde concluían los designios del mal, ahí donde se estancaban las nieblas y las sombras que impedían vislumbrar la ruta adecuada.

¿Se puede romper la hegemonía?

Es difícil no caer en visiones apocalípticas del fin de la humanidad, máxime cuando se ha asentado en nuestra cotidianidad la convivencia con noticias de atentados terroristas o intervenciones militares a un lado y a otro del planeta. Esta lógica de la destrucción permanece sustentada por los grupos terroristas y por las grandes potencias militares, sin embargo, la paradoja es que ambas llegan a necesitarse, cuanto menos para mantener esta correspondencia de intereses antagónicos, pero intereses al fin y al cabo. Estados Unidos, tal y como ha establecido el gabinete neoconservador dominado por Rumsfeld, Wolfowitz y Cheney, espera el menor movimiento de cualquier «Estado canalla»¹⁴ para iniciar una nueva contienda que le permita establecer un nuevo protectorado, es decir, un gobierno afín que no impida la explotación económica y militar adecuada. Los grupos terroristas preparan un nuevo atentado que matará a cientos de inocentes que tuvieron la mala fortuna de encontrarse en el lugar y en el momento equivocado. ¿Cómo salir de esta lógica? ¿Qué esperanza queda?

Los analistas anteriormente citados, Mandel y Arrighi, sí han contemplado salidas a esta situación y así lo plasman en sus obras anteriormente citadas, *El capitalismo tardío* y *El largo siglo XX*. La de Mandel, la más alejada en el tiempo, anunciaba, a comienzos de los setenta, la llegada de una nueva época de revolución social¹⁵. En su opinión existían rasgos que invitaban a pensar en un paulatino cuestionamiento contra el capitalismo, desde el tipo de inversiones a la supeditación cada vez mayor a las grandes compañías. Más cercano a nosotros es el análisis de Arrighi, quien, desechada la tercera vía, apostaba por movimientos anticapitalistas como el surgido en las manifestaciones de Seattle en 1999. De ahí, dice Arrighi, es de donde saldrán los «modelos alternativos de sociedad»¹⁶, una alternativa al capitalismo que necesariamente ha de partir de premisas revolucionarias a las que son incapaces de acceder los dirigentes de la actual socialdemocracia europea. En cualquier caso, Arrighi habla de la variabilidad de los ciclos económicos y, más concretamente, de la caducidad de las hegemonías, de tal modo que, en su opinión, no sería descartable un futuro liderazgo por parte de Japón, el gigante asiático del capitalismo. Tal vez la alternativa más enriquecedora haya sido la propuesta por Michael Hardt y Antonio Negri en su conocida obra *Imperio*. «Nuestra hipótesis básica», señalan Hardt y Negri, «consiste en que la soberanía ha adquirido una forma nueva, compuesta por una serie de organismos nacionales y supranacionales unidos por la única lógica de dominio. Esta nueva forma global de soberanía es lo que llamamos *imperio*», y más adelante prosiguen diciendo que se trata de «un aparato *descentrado* y *desterritorializador* de dominio que progresivamente incorpora la totalidad del terreno global dentro de sus fronteras

abiertas y en permanente expansión. El imperio maneja identidades híbridas, jerarquías flexibles e intercambios plurales a través de redes de mano adaptables. Los colores nacionales distintivos del mapa imperialista del mundo se han fusionado y mezclado en el arco iris del imperio global»¹⁷. ¿Estamos realmente en camino de acceder a esta especie de comunidad global que Negri y Hardt nos presentan? ¿Supondría esto una amenaza contra la hegemonía imperialista norteamericana? Son preguntas que se han suscitado, y que se siguen sucediendo, sobre todo tras los atentados del 11 de septiembre y la posterior reacción militar estadounidense. El debate es extenso y ha sido testigo de las opiniones de los más importantes analistas del mundo contemporáneo. *Imperio* no dejó indiferente a nadie, tampoco a Callinicos, quien aquí da su opinión acerca de estas cuestiones.

Con independencia de la viabilidad o no de estas alternativas, obviando incluso el hecho de si se cumplen ciertos requisitos previos que nos permitan cuestionar la hegemonía del capitalismo global que continúa imponiendo la política exterior norteamericana, lo realmente importante es que cada vez hay más voces que se alzan en contra de un mundo que no es el suyo o, al menos, no es el que desean. Las manifestaciones en contra de los atentados del 11-S, del 11-M y de la Guerra de Irak, han puesto de manifiesto la existencia de una masa social que, al menos en ese punto, se siente disconforme. Hay un sector mayoritario de la población que aún aspira encontrar un rayo de luz en medio de un cielo cubierto de sombras. Frente al terrorismo, y frente a ese terrorismo que cada vez que se pasea por el mundo se llama a sí mismo «democracia liberal», aún quedan resistencias que quieren hacerse escuchar y no solamente cada cuatro años a través de las urnas, ni mucho menos.

Igualdad

Resulta muy complicado hablar de Callinicos sin mencionar, al menos brevemente, una de las aspiraciones que más constantemente aparece a lo largo de su obra, y ésta no es otra que la «igualdad». La igualdad, «hija de las revoluciones» como él la llama en su obra con el mismo nombre¹⁸, se presenta ante los ojos de Callinicos, si no como un valor olvidado, como un bien en serio peligro de extinción. No es que la igualdad entre los hombres esté amenazada, porque esa nunca existió, lo que está amenazada es la conciencia del hombre que ha reprimido esa aspiración por resultarle imposible y, por ello, incómoda y pesada. Frente a ello, Callinicos mira esperanzado los nuevos movimientos anticapitalistas y se empapa del espíritu imperante en esos encuentros, es entonces cuando señala casi al modo situacionista: «Ya es hora, más que hora, de descubrir el farol de los chantajistas. Su éxito depende del extraño clima que combina la complacencia y el pesimismo, el conservadurismo y el temor que ha llegado a impregnar las sociedades occidentales a lo largo de las dos últimas décadas. Definir este clima requiere coraje, imaginación y una voluntad de poder inspirada en la injusticia que nos rodea. Bajo la superficie de nuestras sociedades supuestamente satisfechas esas cualidades abundan. Una vez movilizadas pueden dar la vuelta al mundo»¹⁹.

Y es que la conclusión a la que llega es que no es posible romper con el sistema del capitalismo liberal si no es aceptando la igualdad como un valor al que no se puede y no se debe renunciar. Asumir su imposibilidad es asumir la imposibilidad de cambiar el estado de las cosas en el mundo, porque el mundo que se construye ante nuestros

ojos, el mundo que nosotros mismos contribuimos a construir, ese estadio del capitalismo tardío, se sostiene a base de mantener las desigualdades y, siempre que se pueda, aumentarlas de un modo considerable. Callinicos ha asumido esta lucha como suya, al menos eso denotan sus palabras. ¿Es viable esta alternativa? ¿Cómo evolucionarán los movimientos anticapitalistas sobre los que recaen estas expectativas? Son preguntas que ahora mismo no obtienen una respuesta certera, sin embargo, su valor está en el mero hecho de responder a realidades que siguen vivas, a entidades cuyo único ánimo es el de constituirse resistentes al poder establecido, al orden de la inercia que invita a la inmovilidad, a la comodidad de una vida estereotipada en la que nada es puesto en cuestión, nada es sometido a una crítica que vaya un poco más allá. Ese es el valor de Callinicos, que sus afilados análisis se ponen a trabajar al lado de esos grupos que han decidido subvertir los dogmas que rigen las vidas en Occidente, que ha apostado por la necesidad imperante de pensar nuevos modos de entender el mundo y por dar una pequeña esperanza, acaso la última que nos queda después de todo este tiempo que se describe en su libro, acaso es esa mínima luz entre las tinieblas la antesala de la victoria.

¹ Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*, Madrid, Alianza, 1999, p. 139.

² Perry Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 108. El elogio de Anderson hacia Callinicos se centra en especial en la obra de éste último, *Against Postmodernism* (1989).

³ Alex Callinicos, *Contra la tercera vía. Una crítica anticapitalista*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 130.

⁴ Señalaba Anderson: «podríamos decir que la tercera vía es, hoy en día, el mejor armazón ideológico del neoliberalismo», en «Renewals», *New Left Review II*, nº 1, 2000, p. 11. Y también en Callinicos, *Contra la tercera vía*, p. 17.

⁵ Título que, dicho sea de paso, rinde homenaje a la figura de Noam Chomsky, autor de *American Power and the New Mandarins* (1969), a quien Callinicos considera la voz más reputada en la crítica contra la política imperialista norteamericana.

⁶ Esta apropiación de las palabras ha sido entendida como un rasgo claramente autoritario que en otro contexto se ha relacionado con el ámbito postmoderno. Sin poder entrar en esta cuestión, dado que no es el propósito de estas líneas, sí que me gustaría citar un texto aparecido recientemente y que aborda con acierto estas cuestiones en relación con el Forum de las culturas de Barcelona, se trata de *La otra cara del «Fòrum de les cultures S.A.»*. *Deu raons per no anar al Fòrum. Barcelona 2004: El fascismo posmoderno. Fotut 2004: La globalización como espectáculo*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2004.

⁷ A. Callinicos, *Los nuevos mandarines del poder americano*, Madrid, Alianza, 2004, p. 137.

⁸ Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal, 1999, pp. 334-357.

⁹ Callinicos, *Los nuevos mandarines del poder americano*, p. 129.

¹⁰ *Ibid.*, p. 77-78.

¹¹ Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, México, Ediciones Era, 1979, p. 335.

¹² Fredric Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1996, pp. 18-19.

¹³ Aprovecho la metáfora del mar en tanto que Jameson ha señalado que en la novela de Conrad simboliza el espacio que separa el naciente modernismo de otras posibles modernidades. Es más, para Jameson, Conrad estaría anticipando «esa cosa ulterior», ya sea «post-modernismo o escritura esquizofrénica». En Fredric Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente crítico*, Madrid, Visor, 1989, p. 177.

¹⁴ Jacques Derrida, en *Voyous*, París, 2003, ha definido al «Estado canalla» como «el fuera de la ley», refiriéndose evidentemente a la «ley» impuesta por el poder hegemónico, de modo que, en un principio, esta catalogación incluiría a todos aquellos países que se saliesen del marco democrático establecido por los Estados Unidos, con la condición de cumplir una serie de condiciones que hicieran de dicho país un centro atractivo para los intereses económicos y estratégicos del imperialismo norteamericano. Aparece recogido en *Los nuevos mandarines del poder americano*, pp. 27-31.

¹⁵ E. Mandel, pp. 563-567.

¹⁶ G. Arrighi, pp. 163-164.

¹⁷ Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002, p. 14.

¹⁸ A. Callinicos, *Igualdad*, Madrid, Siglo XXI, 2003, p. 33.

¹⁹ *Ibid.*, p. 155.